DANIEL-ROPS

NUESTRA SEÑORA DE LOS NIÑOS

AYMÁ, EDITORES

DANIEL-ROPS

NUESTRA SEÑORA DE LOS NIÑOS

TRADUCCIÓN DE
J. M. AINAUD DE LASARTE

ILUSTRACIONES DE
MARCEL HUET

AYMÁ, EDITORES
BARCELONA

Título original:
NOTRE DAME DES PETITS ENFANTS

Primera edición: Diciembre de 1955

Nihil obstat.
El Censor,
Dr. Cipriano Montserrat, Canónigo
Prelado Doméstico de S. S.
Barcelona, 18 de Noviembre de 1955

IMPRÍMASE
Gregorio, Arzobispo-Obispo de Barcelona
Por mandato de Su Excia Rvma.,
Alejandro Pech, Pbro.,
Canciller-Secretario

Reservados todos los derechos, por lo que se refiere
a la presente edición.

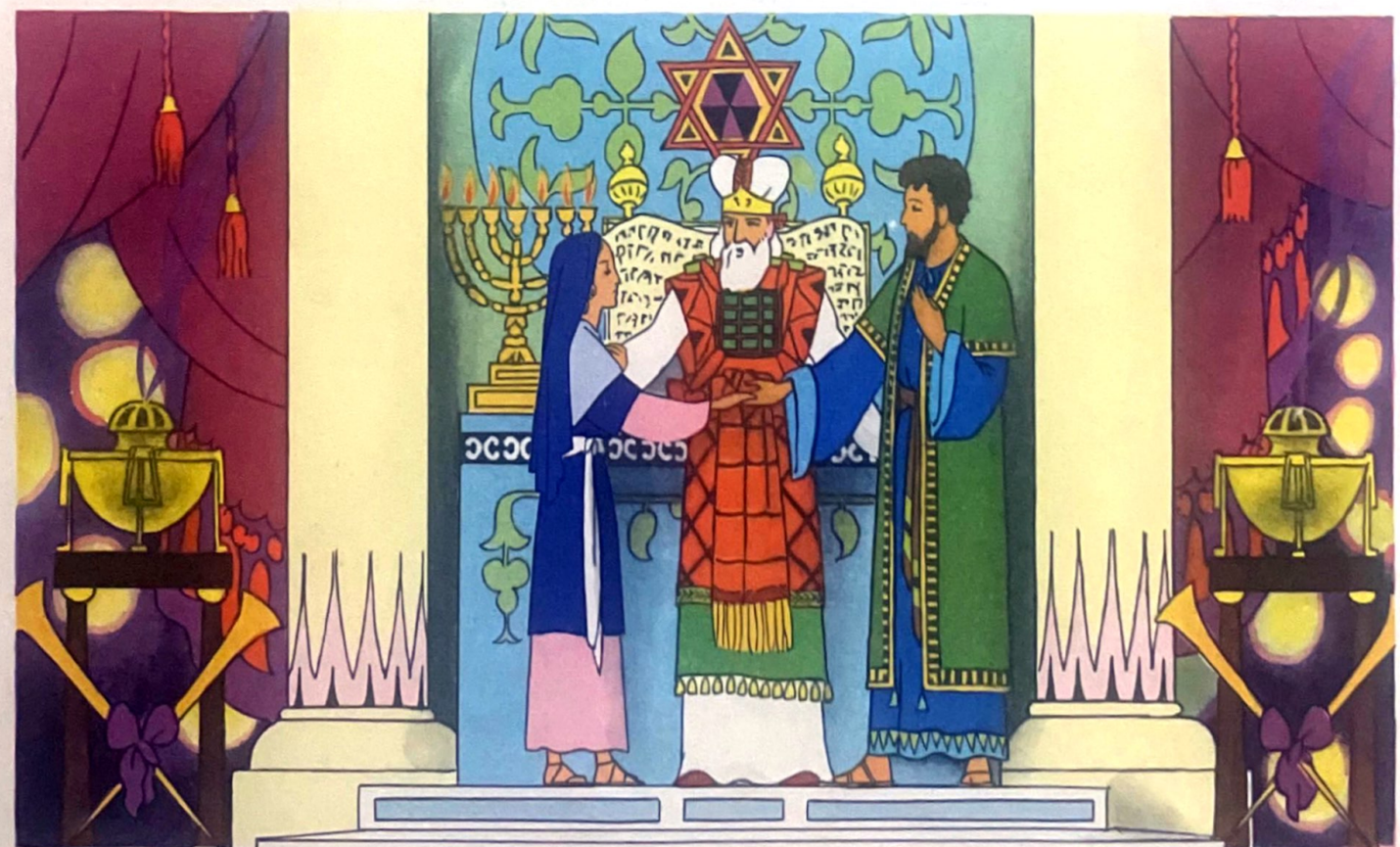
Copyright by Aymá, S. L., Editores - Barcelona

En el Cielo
hay una
Señora muy hermosa
que ama
a todos los hombres
como si
fueran sus hijos.
Es María,
madre de Jesucristo,
la Santa Virgen,
Nuestra Señora.
Voy a contaros
su vida,
que es un ejemplo
para todos nosotros.

Desde su más tierna infancia, María era tan juiciosa que sus padres estaban admirados. A los tres años, según la costumbre de su pueblo, la llevaron al templo para presentarla al Señor. Una niña de tres años, como sabéis, es muy tímida. Pero María no lo era. Subió, ligera y sonriente, los bellos escalones del Templo, corriendo hacia el Gran Sacerdote que la bendecía. Estaba contenta porque entraba en la casa del Señor.

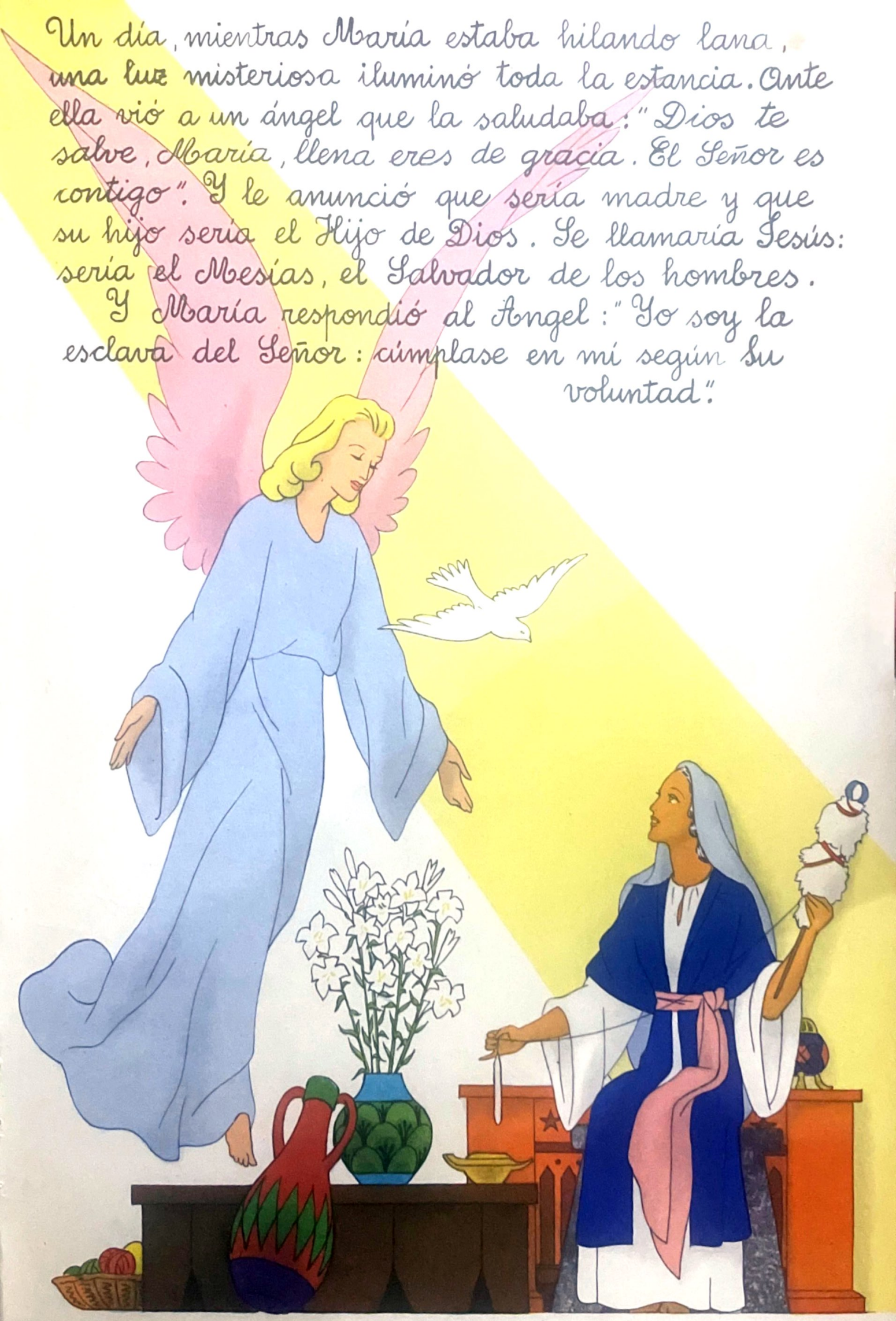
Cuanto más crecía,
siempre pura y juiciosa,
más amaba
al Buen Dios.
Y en su corazón
le hizo la promesa
de consagrarle su vida
y pertenecerle para
siempre.

Al cumplir los catorce años, sus padres la prometieron en matrimonio, pues en Oriente la gente se casa muy joven. Su prometido se llamaba José: era bueno, honesto y creyente. María le advirtió del voto que había hecho, y José le respondió que ambos llevarían una vida santa, de plegaria y de amor a Dios.



Un día, mientras María estaba hilando lana, una luz misteriosa iluminó toda la estancia. Ante ella vió a un ángel que la saludaba: "Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo". Y le anunció que sería madre y que su hijo sería el Hijo de Dios. Se llamaría Jesús: sería el Mesías, el Salvador de los hombres.

Y María respondió al Angel: "Yo soy la esclava del Señor: cúmplase en mí según Su voluntad".



El Angel
anunció asimismo
a María
que su prima Isabel,
aunque ya anciana,
también tendría
un niño.
Y que estaba
muy contenta.

María se puso en camino para ir a visitar a su prima, pensando en el gran misterio que le había sido revelado.

Mas en
el mismo instante
en que María se en-
contró delante de su
prima, ésta tuvo una
inspiración del Cielo
y exclamó:
"¡Bendita tú eres entre
todas las mujeres
y bendito es el fruto
de tu vientre,
Jesús!"

De este manera, Dios había revelado a Isabel el gran secreto de la Virgen Santísima.

Entonces María manifestó su alegría. Elevó las manos, con un gesto de plegaria, y entonó un hermoso cántico de gracias al Buen Dios: "Dice mi alma: ¡Gloria al Señor! Mi espíritu está lleno de alegría. Porque Dios se ha inclinado sobre su humilde sirvienta. El Todopoderoso ha cumplido en mí sus prodigios".

María regresó en seguida a su pueblo de Nazareth, donde vivía con su esposo José. Este trabajaba en su taller de carpintero, mientras ella se ocupaba de las tareas de la casa. Un ángel había anunciado a José el gran acontecimiento que le esperaba a María, y contemplaba a su joven esposa con un respeto lleno de ternura.

Pronto llegó una
orden del gobierno.
Para saber cuántos
habitantes había
en sus Estados,
el Emperador mandó
contarlos a todos.
A eso se le llama
hacer un censo.
Cada cual tuvo que
ir a inscribirse en
las listas de la población
que era la cuna
de su familia.

José descendía del
rey David.
Y se sabía que el rey David
había nacido en Belén,
cerca de Jerusalén.
Así pues, tuvo que ponerse en camino
para ir a Belén.
Y este largo camino fue muy cansado
para la Virgen María.
Desgraciadamente, cuando llegaron
a Belén, había tantos viajeros que no pudieron
encontrar habitación en
la posada. Todo el mundo se los quitaba de
encima y María estaba cada vez más fatigada.

José instaló a María en una humilde cueva que servía de establo. Y al poco rato, vino al mundo el niño Jesús. ¡Qué lugar tan pobre para el nacimiento del Hijo de Dios, del Salvador de los Hombres! ¡Para acostarle, no había más que un poco de paja! ¡Para calentarle, sólo el aliento de una mula y de un paciente buey!

Pero la nueva se había extendido por el Cielo. ¡El Hijo de Dios había nacido en la

¡Tierra! ¡Era el niño de la Santa Virgen! Los Angeles entonaron el más hermoso de sus cantos de alegría. Después fueron a anunciarlo a los pastores que guardaban sus rebaños durante la noche, cerca de Belén.

Y los pastores corrieron hacia la cueva para ser los primeros en adorar al Recién Nacido.

Y el coro de los Angeles cantaba:

"¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad!"

José instaló a su esposa y a su Hijo en un pequeño alojamiento, que por fin había encontrado.

María criaba a su pequeño, como todas las madres del mundo amamantan a sus hijos. Pero a veces, cuando Jesús dormía en la cuna, le contemplaba emocionada, porque sabía que también era el Hijo de Dios.

Cuando el niño Jesús cumplió los cuarenta días, sus padres le llevaron al Templo para presentarlo al Señor. En el momento de su llegada, un santo anciano, llamado Simeón, se les acercó con el rostro resplandeciente de alegría. Una inspiración del Cielo le había revelado quien era aquel niño. Le tomó en sus brazos y bendijo a Dios que le había permitido ver al Mesías. Luego dijo a María: "Este niño viene al mundo para la salvación de los hombres. ¡Cuántos prodigios obrará! ¡Pero vosotros, cuánto tendréis que sufrir!"

Muy lejos de allí, en Oriente, tres sabios y poderosos personajes, llamados los Reyes Magos, se dieron cuenta, mientras estudiaban el Cielo, de que algo maravilloso había ocurrido en Belén. Se pusieron en camino, formando una caravana, guiados por una estrella.

Al llegar a la casa de María, se postraron ante el Hijo de Dios y le ofrecieron ricos presentes.

Pero cuando el rey del país, el cruel Herodes, se enteró de que unos nobles extranjeros habían llegado para adorar a Jesús, se enfureció muchísimo. Ordenó que se diera muerte a todos los recién nacidos en Belén. ¡Pobres pequeños! ¡Pobres inocentes!

Pero José, advertido por un ángel, tomó consigo a María y a Jesús y, a toda prisa, se los llevó a Egipto.

Vueltos ya de Egipto,
María y José
se instalaron en Nazareth.
Jesús crecía
y asombraba
a todo el mundo
por su docilidad,
su bondad
y su maravillosa manera
de rezar.

María le enseñó a leer
y pronto supo hacerlo
mejor que ningún otro
niño en el mundo,
porque este niño
era Dios.

Y cuando fué mayorcito,
José le enseñó el manejo del martillo y de
la sierra,
como a un buen carpintero.

Cuando Jesús cumplió doce años, sus padres le llevaron consigo por primera vez a Jerusalén, donde se celebraba la festividad de la Pascua. Con ellos fué al Templo a rezar y asistió a las solemnes ceremonias. Y su joven voz se unió a los coros de los innumerables peregrinos. Pero una vez José y María hubieron partido para regresar a Nazareth, se dieron cuenta de que el niño no se hallaba en la caravana. A toda prisa volvieron a Jerusalén, y, después de buscarle por todas partes, María encontró a su hijo en el Templo, rodeado de sabios ancianos con los que conversaba. Uno a uno les interrogaba o les respondía, y todos aquellos doctores estaban admirados de la extraordinaria sabiduría de Jesús. ¡Aquel niño sabía más cosas que todos ellos juntos!

Jesús era ya un hermoso joven cuando
murió el buen José.
A partir de entonces,
se cuidó del taller y
trabajó de firme para sostener a su madre.
Y la rodeaba de ternura
y de veneración.

Pero Jesús
tenía que cumplir otra
misión,
y María también lo sabía.
Así,
pues, no se sorprendió
cuando él le dijo:
"Madre,
debo abandonarte.
¡Es necesario
que vaya a predicar
a los hombres
la Palabra de Mi Padre
que está en los Cielos!"

A orillas del río Jordán,
Juan Bautista, el hijo de Isabel, predicaba a la muchedumbre. Se decía que era un profeta, es decir, un hombre que hablaba en nombre del Señor.
Les decía:
"Haced penitencia, porque el Reino de Dios está cerca."
Y María se acordaba de aquel día, treinta años atrás, en que Isabel había saludado en ella al Salvador que debía nacer.
Antes de empezar su misión, Jesús fué al encuentro de Juan, para que le bautizara.
Y gentes de Nazareth que asistieron a la escena le contaron a María que en el momento en que su hijo había penetrado en el agua, una paloma maravillosa había descendido sobre Jesús y una voz misteriosa había dicho:
"Este es mi Hijo bien amado: ¡escuchadle!"

María no había olvidado nunca las palabras del Angel y sabía que su niño era el Hijo de Dios.
¡El todo lo podía!

Un día, María, acompañada de Jesús, se encontraba en casa de unos amigos que celebraban un banquete de bodas, en el pueblecito de Caná. Pronto empezó a faltar el vino. El dueño de la casa no había comprado bastante y estaba muy preocupado.

Entonces María se dirigió a su hijo y le dijo, sencillamente:
"No tienen más vino".

Jesús comprendió que aquello significaba:
"¿No podrías ayudar a nuestros amigos?"

Y mandó que llenaran de agua seis grandes tinajas: pronunció una sola palabra y escanciaron un vino exquisito. ¡El agua se había convertido en vino!

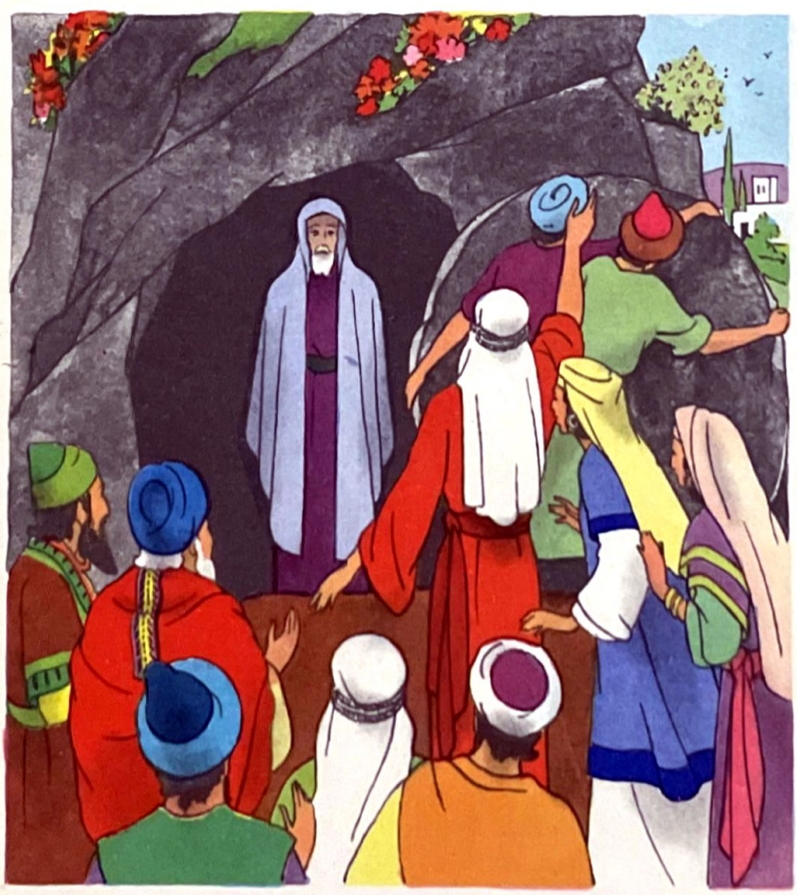
Por espacio de dos años, Jesús habló a los hombres, predicando la Buena Nueva del amor y de la caridad, curando a los enfermos, multiplicando los milagros.

Jesús hablando a orillas del lago de Tiberíades.

Jesús calmando las olas enfurecidas por la tempestad.

María le
seguía, discreta,
sin hacerse
notar, emocionada
de oirle
y feliz al
verle tan
poderoso.

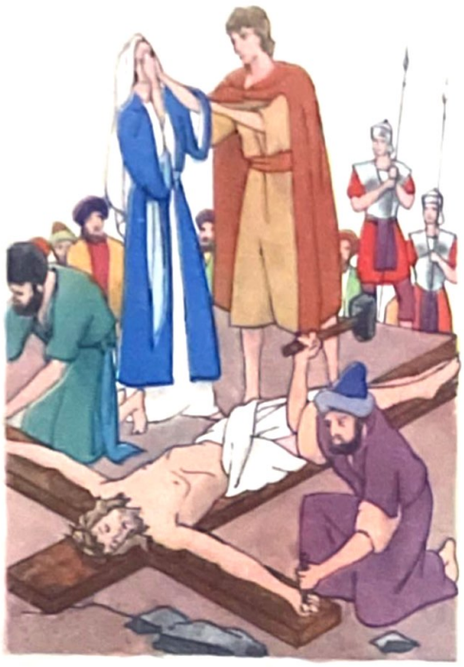
Jesús multiplicando los panes
para la muchedumbre.



Jesús resucitando a Lázaro,
su difunto amigo.

Cuando los enemigos de Jesús
se apoderaron de El
y le condenaron a muerte,
María no abandonó a su Hijo.

Por las calles de Jerusalén
donde, agotado, El llevaba su Cruz,
le seguía con el corazón oprimido.
Y al ver a su madre,
Jesús recibió un poco de consuelo.



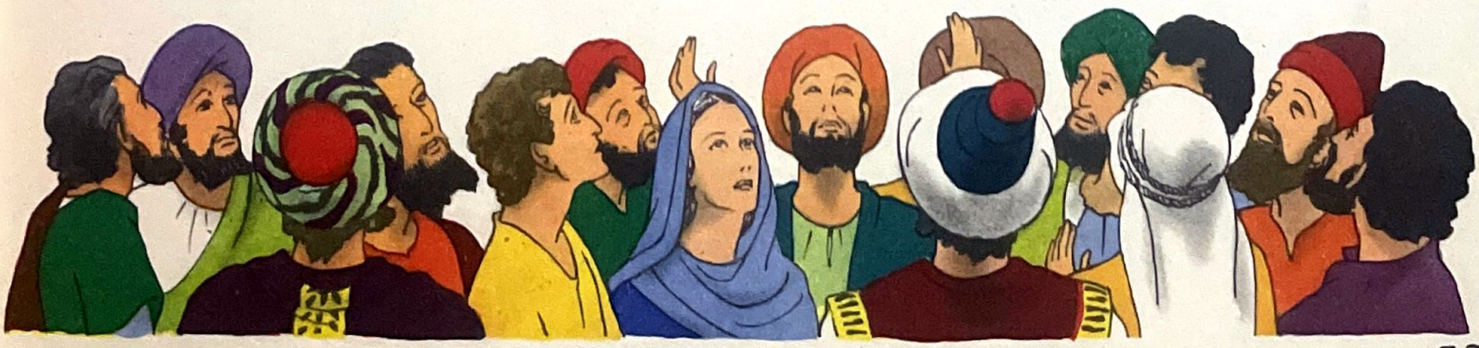
¡Horroroso, terrible espectáculo! Los crueles verdugos fijan a Jesús en la cruz: traspasaron con clavos sus manos y sus pies.
¿Podrá María soportar aquella visión? Se diría que está a punto de desmayarse.

¡Pero no! Ella continuará hasta el final
para que su Hijo la vea a su lado en su
dolorosa muerte.
Cerca de ella está Juan,
el más joven de los discípulos de Cristo,
el predilecto.
Y Jesús, desde lo alto de la cruz, dijo a María:
"¡He aquí a tu hijo!"
y a Juan: "¡He aquí a tu madre!"
De esta manera hizo de María la
Madre de todos los hombres,
de todos aquellos que aman a Jesús.
Y al caer la noche,
María ayudó a los amigos de Jesús
a colocar aquel cuerpo tan querido
dentro del sepulcro...

Sin embargo, en su terrible dolor, María abrigaba una gran esperanza: ¿No era cierto que Jesús había prometido que resucitaría? Y en efecto... El domingo por la mañana, día de Pascua, las santas mujeres que habían ido al sepulcro volvieron sobresaltadas: ¡La tumba estaba vacía! Un ángel les había dicho que Cristo, en verdad, había resucitado.

Por espacio de cuarenta días se apareció varias veces: a sus discípulos y a su madre, enteramente vivo. ¡Había cumplido su palabra! ¡Había vencido a la muerte!

A los
cuarenta días justos,
en presencia de sus amigos,
de su Madre y de los Apóstoles, Jesús
se elevó dulcemente por encima de la tierra,
hacia el Cielo. Dios, su Padre, le llamaba consigo: había
cumplido su misión. Y María, después de tanto sufrir, se
alegró al ver a su Hijo en la Gloria de los Cielos.



Después
de la muerte de su
Hijo, María aún permaneció
muchos años en la tierra,
rodeada de los Apóstoles y de los discípulos
de Cristo, que la querían como a una
madre y escuchaban sus prudentes consejos.

Un día que se hallaba entre ellos - era el día de Pentecostés - unas lenguas de fuego descendieron sobre sus cabezas. Era el espíritu de Dios, el Espíritu Santo, que venía para dar a los Apóstoles la fuerza y el valor de esparcirse por todo el mundo para predicar la palabra de Cristo.

Finalmente, llegó la hora de
la muerte de la Santísima Virgen.
Un Angel vino a prevenirla,
el mismo Angel
que antaño
le hiciera aquella visita maravillosa.
Y María se alegró de subir al Cielo
para encontrarse con su Hijo.
Los Apóstoles,
que se hallaban dispersos por las cuatro
partes del Mundo, predicando el
Evangelio, fueron advertidos por
los Angeles y acudieron todos
para saludar a María
por última vez.

María
estaba ya dispuesta
a morir,
pero su Hijo no quería
que el cuerpo
de su Madre
conociera la tristeza
de la tumba
y mandó a unos ángeles
para que la subieran
al Cielo.
Y El mismo
le ofreció
la más bella de todas
las coronas,
como a la más pura,
la mejor
y la más santa
de todas las mujeres.

En Lourdes,
se apareció
a Bernadette.

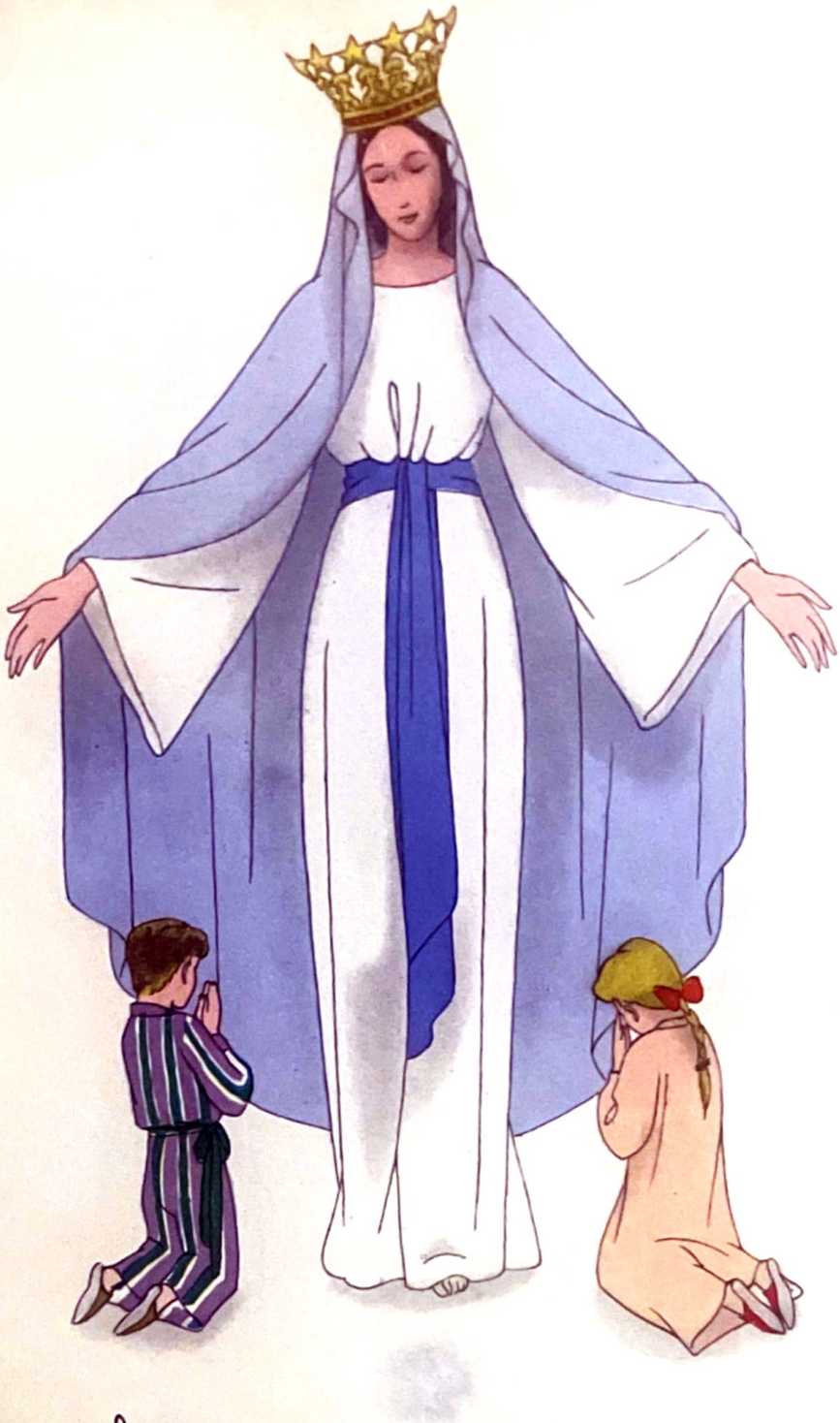
Todo esto sucedió hace cerca de dos mil años, pero la Santa Virgen no ha olvidado la tierra ni los hombres, a los que quiere como a hijos suyos.

Muchas veces ha vuelto: se ha aparecido para dar consejos o para consolar a los afligidos. Y casi siempre ha sido a los niños a quienes se ha mostrado, porque les ama de un modo particular.

En La Salette
se apareció
a Melania y a Maximino.

En Fátima,
se apareció a Lucía,
Francisco y Jacinta.

Bien puede decirse que es
Nuestra Señora de los niños.



De esta forma,
la maravillosa vida de María continúa en el Cielo, donde actúa de medianera entre los hombres y su Hijo.

He aquí porque cada día vosotros rezáis a la Virgen y os dirigís a ella como a vuestra Madre que está en los Cielos: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores..."

Y Aquél que ha sido su hijito, no le niega jamás ninguna petición.

Rosés, Bailén, 197 - BARCELONA